

ESCAPE DE 21-13

ESCAPE DE 21-13

DAVID MONEDERO

El Refugio
de Ryhope

Primera edición, octubre 2019

© David Monedero, 2019
© Ilustración de cubierta: Samuel Hernández, 2019
© De esta edición: El Refugio de Ryhope, 2019
www.elrefugioeditorial.com

Diseño de cubierta: Marga Suárez.
Los banner empleados en la cubierta se basan
en imágenes de Freepik.com

Edición de Antonio de Egipto y Marga Suárez

ISBN 978-84-120985-0-1
Depósito Legal CO-1490-2019

Impresión: Gráficas La Paz. www.graficaslapaz.com

El papel empleado para la impresión de este libro proviene
de bosques gestionados de manera responsable, desde el
punto de vista medioambiental, económico y social.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por
cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el
tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin
la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Impreso en España

*A Luis, por hacer que
esta historia comenzara*

1

Luna terminó de hacer señas con los bastones lumínicos a la nave que entraba en el hangar y pulsó el botón que accionaba el portón de entrada. La luz de las estrellas se fue reduciendo a una pequeña línea de destellos sobre fondo negro que terminó con el zumbido característico del equilibrio de presión. Se quitó el casco y observó la nave, una pequeña pinaza de las que hacían rutas de suministro a los planetas periféricos. Robusta y de líneas rectas, había sido concebida para llevar grandes cantidades de cargamento y soportar la dureza de los viajes estelares. Aquella había sido puesta a prueba en esto último. El motor dio un par de petardeos y terminó por apagarse. De la nave bajó un hombre con aire cansado.

—¿Está el encargado?

—Yo estoy al frente, soy Luna. —Le tendió la mano al piloto, que la estrechó sin mucho entusiasmo—. ¿Qué le ocurre? —dijo señalando a la nave.

—No sé si te habrás fijado, pero hace un ruido extraño al parar, también le ocurre al ponerla en marcha. El resto del tiempo va bien, pero no me gusta cómo suena, y ya que pasaba relativamente cerca de aquí... —El tipo desvió su mirada hacia una de las pantallas del taller, que en ese momento estaba anunciando un espectáculo para adultos de los muchos que ofrecía la estación.

—Ya veo. Llame dentro de cuatro horas desde cualquier terminal fijo. Las comunicaciones móviles aquí no funcionan.

Las ondas... —Luna extendió el brazo mostrando su alrededor—. Ya sabe. El campo de los planetas interfiere en todo.

—Ok, chica. Dile al encargado que quien se ocupe de ella tenga cuidado; esta pequeña me está costando más que mi última esposa, y no quiero tener que volver a invertir en ella hasta que me compre una nueva.

—Como le he dicho, soy yo quien... —trató de insistir Luna.

Pero el piloto ya se había dado la vuelta y se dirigía a la puerta del taller. Luna escupió en el suelo con desdén. Tenía diecisiete años pero llevaba viendo motores desde los cinco, primero con su padre en el planeta y, después de la muerte de este y su madre, en el taller de la estación con su tío Duncan.

No era realmente su tío. Por lo visto fue compañero de sus padres, aunque ella no lo había visto hasta el día que entró en la casita de verano tras la explosión de gas, la tomó en brazos y la llevó con él. De eso hacía ya casi diez años. Desde entonces había vivido en la estación, en un pequeño piso de un dormitorio que Duncan le compró. Así era él: no reparaba en gastos para cubrir sus necesidades, pero podía pasar un mes sin dejarse caer por el taller para verla, ocupado en mantener contactos con unos y otros en la estación. De modo que ella llevaba todo el papeleo, la asignación de trabajo a los otros tres mecánicos y la mayoría de las reparaciones, sobre todo las complicadas.

Colgó los bastones lumínicos en los soportes de la pared y se paseó por debajo de la nave. Estaba claro que necesitaba una revisión desde hacía tiempo, pero su dueño había dejado dicho que no quería gastar más dinero del necesario, y Luna no pensaba trabajar gratis. Se acercó al motor mientras se

colocaba los guantes antitérmicos, soltó los enganches de la rejilla principal y se puso una linterna en la boca: las cápsulas de energía se encontraban a punto de agotarse y el interior del motor estaba lleno de hollín. Probablemente, al quitarlo, saldría algún otro problema a la luz; un derivador suelto o una turbina de vacío floja, así que fue a por el aspirador y limpió el motor. Exacto, dos turbinas de vacío flojas. A Luna le extrañó incluso que arrancara.

Le solía ocurrir aquello. No tenía más que oír el motor de una nave para saber qué le fallaba, o verla despegar para calcular su factor de deriva. Quizá porque llevaba toda la vida entre naves o quizá porque, como decía Duncan, tenía un don. Claro que a él le daba igual si tenía un don con las naves o si podía convertir el plomo en oro, con tal de que tardara la mitad que sus compañeros en reparar una nave y tener el hangar listo para recibir un nuevo cliente.

Mientras apretaba las turbinas, pensaba en el tiempo que podría quedarse a solas en el hangar con la nave. Cuando habló con el piloto, sabía de sobra que no iba a tardar cuatro horas en arreglar aquello, pero solía incrementar los tiempos de entrega cuando se trataba de naves que venían del interior de la galaxia. Tras ajustar el motor y cambiar las cápsulas de energía, pasó un buen rato limpiándolo todo y entró en la nave para probarlo.

El interior olía a yogur de cerveza y las botas se le pegaban al suelo a cada paso, pero ella se sentía cómoda allí. Una nave austera, con el noventa por ciento del espacio destinado a la bodega y un motor potente para poder despegar cargada hasta arriba.

Pasó de largo la puerta que daba al camarote principal y otra más pequeña, y pulsó el botón que abría el acceso a la cabina. En el interior, un hombre estaba recostado en el asiento del

copiloto, con las manos tras la nuca y los pies sobre el panel de mandos. Luna dio un respingo, sorprendida, pero pronto advirtió que a través de la imagen del hombre podía ver el panel de mandos de la nave. Llevaba unos pantalones militares y una camisa beis, y el pelo rubio con un corte tan preciso que le daba ese aire irreal que solo lo que realmente es irreal puede tener. Le recordó a los jóvenes que acompañaban a solteras maduras en las fiestas de la estación, y la imagen misma le asqueó.

—¿Tú qué haces aquí? —dijo Luna. El hombre arqueó una ceja y bajó los pies del panel de mandos.

—Buenas tardes a usted también, señorita... —Dejó la frase en el aire, esperando que Luna la completara.

—Eres una realidad artificial, ¿verdad? —preguntó Luna, cortándole con brusquedad. No había esperado encontrarse a nadie en la nave, y aquel holograma podía arruinar sus planes de echar un vistazo.

—Técnicamente sí, para ti soy una realidad artificial. Aparte de eso tengo un nombre: Mark —dijo extendiendo la mano.

—Genial, Mark —respondió ella haciendo caso omiso del ofrecimiento—. Pues yo soy Luna, pero si te interesa tanto mi nombre como a mí el tuyo, lo olvidarás de inmediato. Soy quien acaba de reparar la nave mientras tu jefe está dilapidando el sueldo en compañía de pago, o sea que no incordies mucho y te dejaré en paz para que vuelvas a pensar en ceros y unos, ¿ok?

Luna se sentó en el puesto del piloto bajo la atenta mirada de la imagen, que seguía sus movimientos como si analizara cada cosa que hacía. Al pulsar el botón de encendido, una alerta informó de que la rejilla del motor había sido abierta recientemente, requirió un chequeo completo y dio luz verde a casi todos los procedimientos. El sistema seguía informando de un fallo crítico en el suministro de oxígeno. Consultó en el computador y descubrió que venía arrastrando ese error desde hacía nueve semanas. Sacudió la cabeza. Mark seguía observándola.

—A tu jefe no le importa que la nave se esté cayendo a pedazos, ¿verdad? —dijo Luna.

—¿A ti sí? —respondió Mark.

—Oye, ¿por qué no te comportas como una realidad artificial normal y te limitas a responder?

—Verás, no soy una R.A. corriente y, entre otras cosas, tengo una personalidad no programada que me permite no tener que obedecer. —Lo anunció sin arrogancia, más bien con cierto aire de diversión, como si disfrutara viendo el modo en que ella se contrariaba ante la negativa de un holograma.

—Estupendo, estamos ante la más moderna anomalía de las imágenes virtuales. Vamos a hacer una cosa, procura no distraerme mientras hago despegar esto —expuso Luna.

Tomó los mandos y comprobó la carga antes de levantar la nave. Estaba al límite de su capacidad, lo que pondría a prueba las reparaciones. Despegó fijándose en el sonido del motor y se mantuvo a un par de metros de altura: todo parecía correcto. Veía por el rabillo del ojo cómo Mark la seguía mirando, pero procuró concentrarse en los controles. Posó la nave de nuevo sobre la zona de trabajo y apagó el motor, que respondió con normalidad y fue amortiguando el zumbido hasta que todo quedó en silencio.

Suspiró y consultó el reloj del panel de control. Aún quedaban tres horas hasta que llamara al transportista para comprobar el estado de la reparación. Arrancó el sistema de navegación y rutas para consultar el último destino visitado, un planeta-granja en el sistema Bonn. Seguro que era un lugar precioso.

—¿Qué tiene que ver para la reparación dónde haya estado la nave? —dijo Mark echándole una mirada inquisitiva desde el asiento del copiloto.

—¿Qué? —acertó a responder Luna tratando de ganar tiempo para buscar una excusa.

—Que por qué buscas de dónde venimos —insistió el holograma.

—Ah, quería saber lo largo que había sido el último trayecto, teniendo en cuenta que, como mínimo, la última revisión ha sido antes de salir —contestó ella.

—Pues ya te adelanto yo que no, la última revisión de esta nave debió de ser antes de que aprendieras a caminar.

—Ya veo... —Luna tamborileó con los dedos sobre la consola—. Oye, Mark, encantada de haberte conocido, pero ahora tengo que hacer unas comprobaciones en el control del pasillo, aquí te dejo, ¿de acuerdo?

—Encantado. Si me necesitas, aquí estaré.

Salió de la cabina. Aquel era el mejor momento de todos, cuando una nave proveniente de la civilización caía en sus manos y tenía tiempo para trastear con tecnología que aún no se comercializaba en la estación, ropa que no se popularizaría hasta dentro de un par de años y objetos de todos los rincones de la galaxia. Ante sí, dos puertas: el camarote del piloto y la que identificó de inmediato como una pequeña despensa.

Segura de que la realidad virtual no podía seguirla tras la puerta cerrada, pulsó el botón que abría la despensa y echó un vistazo rápido, mientras una luz verde iba inundando botes con tuercas, frascos de yogur de cerveza, chocolatinas de carne y numerosos paquetes de pimienta para fumar. Luna estudió la disposición de los objetos y fue poniéndolos en orden a un lado, revelando tras ellos cosas bastante menos corrientes: varios cartuchos de escopeta magnética, unas cuantas jeringuillas desechables de contenido sospechoso y un gran frasco de cristal repleto de lo que parecían ser unas hebras naranjas orgánicas. El frasco tenía una etiqueta escrita a mano: «Narphaza». Nada de aquello atraía su interés. Lo devolvió todo a las baldas y cerró la despensa, encaminándose al camarote.

Parecía haber sido decorado por la misma persona que había convertido la nave en una pocilga espacial, con el suelo lleno de envoltorios de chocolatinas y ropa manchada de aceite. Sobre la cama había mezcladas sábanas limpias y sucias, y en el techo la salida de aire estaba obstruida por la grasa. La puerta que daba al baño estaba parcialmente bloqueada por cajas de componentes apiladas y del picaporte colgaba una toalla cuyo color original era imposible de reconocer. Si alguien hubiera querido limpiar aquella habitación, lo mejor habría sido tirar un encendedor dentro.

Husmeó por los cajones: más pimienta, cartas de navegación viejas, un terminal portátil sin batería y frutos secos artificiales. Luna otorgó mentalmente al dueño de la nave el título de «El hombre más sucio de la galaxia», salió de la habitación y, mientras caminaba por el pasillo, escuchó a través de la puerta de carga el sonido del terminal de comunicaciones del taller.

Fuera ya de la nave, se colocó frente a él y asintió con la cabeza, activando la recepción de llamada.

—¿Sí? —dijo Luna.

La voz del otro lado se intentaba abrir paso entre música electrónica y conversaciones encendidas, sin duda, un bar.

—Hola, soy el dueño de la pinaza que llegó al taller hace un par de horas. Se lo dejé a una cría que tenéis por allí para recibir las naves, y ya sé que me dijeron cuatro horas, pero he acabado lo que tenía que hacer aquí y...

—Está usted hablando con la persona que le atendió —respondió Luna cortante—. Su nave ya está lista, puede pasar a recogerla.

A los quince minutos, el piloto y su olor a vapor de alcohol caliente ya estaban en el taller discutiendo con Luna.

—¿Cincuenta númacs una cápsula de energía? Perdona preciosa, pero no creo recordar que nadie te pidiera que cambiaras las cápsulas de energía —dijo el tipo con lengua torpe.

—Disculpe, me pidió que arreglara el motor y eso es lo que he hecho —contestó ella.

—No, niña, te pedí que arreglaras el ruido del motor. Eso no tiene nada que ver con ponerme cuatro cápsulas de energía nuevas... Ya me estás poniendo otra vez las viejas, porque no pienso pagártelas. —La actitud agresiva del hombre lo hacía parecer realmente convencido de que la conversación había sido tal y como decía, aunque en esos momentos no hubiera podido ni dar tres pasos sin tropezar.

—Las viejas las he enviado por el conducto de recolección, no le hubieran aguantado ni para llegar a Virari... —Notaba que el tipo se estaba alterando, por lo que Luna optó por tratar de razonar en lugar de oponerse frontalmente en una discusión.

—¡Ese no es tu problema! ¡He viajado con cápsulas en mucho peor estado, mocosa! ¡Si no me puedes poner las viejas, no cuentas con que te voy a pagar cuatro nuevas!

Luna pensó en el coste de las cápsulas nuevas, iba a tener que trabajar muy duro para poder pagárselas a Duncan. Ya había ocurrido alguna vez: su padrastro tenía más dinero del que ella quería plantearse calcular, pero se esforzaba en que Luna viera las consecuencias últimas de sus actos, y eso incluía hacerse cargo de los pagos que sus descuidos pudieran suponerle al taller. Sacó su dispositivo portátil y comenzó a rehacer la factura de la reparación.

—De acuerdo. Veamos, dos horas de mano de obra, dos horas de ocupación de hangar y las tasas de entrada en la estación que por lo general solemos regalar, pero que en este caso me temo que... —Luna chasqueó la lengua, mientras el tipo

entornaba los ojos tratando de procesar lo que le decía—. Si quiere hablar con el dueño tiene un enlace directo ahí mismo. —Señaló el terminal de comunicación con un gesto de la cabeza—. Hasta que llegue a un acuerdo con él, son trescientos cincuenta númacs.

—¡¿Cuánto?! ¿Pero tú estás loca? Te vas a arrepentir de haberte topado conmigo, muchacha, voy a hablar con tu jefe y te vas a ir a la calle antes de que llegue la cena. —Dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección a la salida—. Esto es increíble, uno viene a esta porquería de estación alejada de cualquier signo de civilización para hacer una reparación insignificante y se topa con una cría que quiere hacerse de oro a costa de...

Sus palabras se extinguieron con el sonido de la puerta al cerrarse. Aquello le iba a costar una bronca a Luna, seguro. Duncan siempre le había dicho que nunca hiciera nada que el cliente no hubiera pedido expresamente. De ese modo, siempre se podría recurrir a las cámaras del taller para comprobar el acuerdo verbal; pero en aquel caso ella misma sabía que el piloto no había mencionado nada más que el ruido, por tanto ni se molestó en mirar.

Volvió al banco de trabajo y ordenó el material. Llevaba todo el día en el taller y el asunto de la pinaza la había dejado intranquila, quería despejarse antes de que Duncan apareciera preguntando por todo aquello. Recogió algunas cosas de la taquilla, cerró tras de sí la puerta del hangar principal y atravesó el pasillo que daba al hangar dos, donde Eric, Zapa y Hans trasteaban con una nave de paseo.

—Voy a casa un momento, enseguida vuelvo. Si necesitáis algo, he dejado el principal cerrado pero sin bloquear.

Los muchachos emitieron algún sonido afirmativo desde debajo de la nave y Luna tomó el ascensor en dirección a su planta.

Los ascensores en la estación 21-13 eran un poco diferentes a los del resto de la galaxia, y los visitantes tenían sensaciones extrañas las primeras veces que se montaban en uno. La gravedad en la estación venía dada por un núcleo de osmio prensado situado al final de una aguja muy por debajo del primer nivel. Así, cuanto más abajo se encontrara alguien, más sufriría la gravedad sobre sus hombros. Y por eso las plantas residenciales y las dedicadas al ocio eran las más altas, mientras que toda la industria y los almacenes estaban en las inferiores. Alguien debió pensar que trabajar diez horas al día con una presión extra sobre el cuerpo no sería mucho problema... y ese alguien seguro que tenía un despacho en la última planta.

Salió del ascensor. Frente a ella se extendía la Vía de la Independencia, con árboles artificiales enmarcando el paseo y cintas de transporte a los lados. En el centro, el suelo estaba cubierto por una fina capa de líquido de sustentación que permitía a los pocos que optaban por caminar tener una superficie blanda bajo sus pies, viendo cómo el paseo desaparecía en el horizonte debido a la curvatura. Lo cierto es que la estación, al menos en los niveles destinados a los visitantes, estaba llena de comodidades: una especie de paraíso artificial para que los viajeros olvidaran sus problemas.

Al poco de subirse a una de las cintas de transporte llegó a la altura de su apartamento. Se dejó caer de la superficie móvil y entró en casa, tratando de vislumbrar algo entre las sombras mientras la luz de la habitación se encendía.

—Blink, ya estoy en casa.

Las brumas espaciales, unos pequeños seres de colores intensos y brillantes, fueron descubiertas en los bordes exteriores de la galaxia, vagando por el espacio alrededor de campos magnéticos a la deriva. Su capacidad de atravesar los objetos, sumada al hecho de poder vivir en el vacío, suponía

una posibilidad de comunicación allá donde las interferencias de los mundos exteriores no permitían utilizar sistemas inalámbricos. Por alguna razón, las brumas espaciales se sentían atraídas por determinados campos magnéticos, lo único que no eran capaces de atravesar. No tardó en idearse un método para enjaularlas, de modo que al liberarlas fueran atraídas por balizas situadas en la órbita de otro planeta. Al llegar, el número y los colores de las brumas identificaban un mensaje. Era un sistema bastante limitado, pero mucho más rápido que enviar una nave-correo y, por tanto, solía usarse con frecuencia en lugares como el sistema 13.

La pequeña bruma anaranjada salió de debajo de la cama y dio un par de vueltas delante de su cara. Significaba «Hola». Las brumas espaciales no eran seres vivos, no al menos tal y como se entendía esto para otras especies: no se alimentaban, nunca morían y no se tenía noticia de que ninguna naciera. Se creía que carecían de inteligencia y eran tratadas como si fueran una forma de energía con comportamiento predefinido. Ella sabía que no era así.

—¿Me has echado de menos? —dijo Luna.

Blink subió y se dejó caer, dejando tras de sí una línea de luz borrosa.

—Sí.

—He reparado la nave de carga de un tipo, pero he cambiado las cápsulas de energía y dice que no quiere pagármelas, que él no lo pidió. He tirado las viejas, así que no puedo ponérselas otra vez. Ahora tengo que hacerme cargo de cuatro cápsulas de energía, Duncan me va a matar...

Se acercó al plano que iluminaba la pared. Tomó el lápiz de marcado y escribió sobre él, encima del sistema Bonn: «Pinaza, fecha estelar 224-9-313», luego se tiró sobre la cama examinando el mapa, los numerosos apuntes de las cosas que

habían pasado por sus manos en forma de naves y los lugares que ella solo podía visitar en su imaginación.

El terminal de comunicación se iluminó: llamada del taller. Luna supuso que el piloto ya se habría puesto en contacto con Duncan. Cerró los ojos. Poco después se dio cuenta de que se estaba quedando dormida, pero no los abrió.

La luz de Blink agitándose delante de ella comenzó a llegarle a través de los párpados. La llamada había cesado.

—Ya voy, ya voy. ¿Quién tiene prisa por que le echen una bronca?

Cuando llegó al taller, Zapa la estaba esperando en la puerta. Tras él un guardia de la estación custodiaba la entrada. El chico salió al encuentro de Luna.

—¡Les dije que no tocaran nada hasta que no llegais el jefe o tú! Te he llamado a casa pero no había nadie. —Parecía realmente agitado.

—Estaba en casa, pero... un momento, ¿no está Duncan aquí? —preguntó Luna.

—No, han llegado unos tipos de la Fiscalía Interior y se han puesto a trastear en la pinaza que llegó esta tarde. —Tomó de la mano a Luna y la arrastró adentro—. Eric y Hans han ido a avisarle y yo me he quedado aquí para que no toquen nada, pero no me dejan entrar...

La Fiscalía Interior significaba siempre problemas graves. Gestionando una galaxia en guerra abierta contra los sistemas rebeldes, el Gobierno Interior apenas contaba con efectivos suficientes para mantener el orden en los propios. De este modo fue como la traición y la corrupción comenzaron a proliferar, emponzoñando hasta las cotas más altas de autoridades

interplanetarias. Así surgió la Fiscalía Interior: un grupo de agentes íntegros, que gracias a tratados muy complejos podían acceder a cada rincón de cualquier sistema, con autoridad plena para juzgar y actuar. Nadie sabía cuántos eran ni qué razas tenían sus integrantes, pero el uniforme escarlata era temido y respetado en toda la galaxia.

Al llegar a la puerta, el guardia dejó pasar al muchacho y se puso delante de Luna.

—¡Eh! ¡Es la encargada del taller! —dijo Zapa.

El guardia miró a Luna.

—Sí, lo soy —respondió ella—. Espere, creo que tengo mi acreditación por aquí... —Rebuscó en la mochila—. Un segundo, tiene que andar aquí mismo.

—Déjela pasar. —La voz provenía del interior del taller, de un hombre que vestía el uniforme carmesí que Luna había visto varias veces en sus paquetes de datos, donde aparecían fiscales condecorados o imágenes de archivo refiriéndose a miembros caídos. El guardia se retiró de la puerta y dejó pasar a Luna—. Acompáñeme... Luna, ¿verdad?

Mientras caminaban por el pasillo, Luna pensó que era de lo más extraño que un fiscal mediara en una situación como aquella. Unos condensadores de más no eran asunto de seguridad. ¿Qué hacía entonces allí?

Entraron en el hangar, otro hombre con el mismo uniforme daba órdenes a los guardias de la estación para que vaciaran el cargamento de la nave: unas enormes cajas marcadas en un lateral con un letrero donde podía leerse «Comida desecada».

El fiscal mostró a Luna una imagen del conductor de la nave en su dispositivo portátil.

—¿Identifica a este hombre como el piloto de la pinaza?

—Luna confirmó con la cabeza—. Le hemos estado siguiendo

hasta aquí desde Vensu, estamos confiscando el cargamento de la nave —volvió a asentir—. ¿Tiene usted el formulario de entrada en la estación?

—Sí, en esta zona de la galaxia no se puede transferir nada por radio, y desde el taller pagamos las tasas de entrada y rellenamos los formularios para los clientes —respondió.

—Entonces, ¿actualmente quién está a cargo de la nave y su contenido hasta que aparezca su dueño? —dijo el fiscal.

—Bueno, digamos que yo, aunque mi jefe es el dueño del taller y quien se encarga de todo el tema de finanzas... —Luna se encaminó al terminal fijo e indicó al hombre que la siguiera.

—Pero él no está aquí... —preguntó el tipo.

—Ahora mismo no —respondió Luna.

—Veamos esos formularios.

Luna tragó saliva. Tras identificarse, mostró la información relativa al ingreso de la pinaza.

—Mire, este es el informe estándar, se rellena automáticamente cuando la nave llega al taller y yo lo firmo, pero el cargo de las tasas en este caso concreto corre por parte del cliente... en cuanto pague la factura, claro.

—¿No lo ha hecho? —interrogó el fiscal.

—No, hubo una discrepancia respecto a lo que había o no que arreglar, el tipo dijo que hice cosas que no me pidió y fue a reclamarle a mi jefe. Si quieren hablar con él, yo le puedo decir donde...

—En su casa no está, y no parece haber otra forma de dar con él. —Bajaron de la nave dos hombres más, también con el uniforme de la fiscalía. Uno de ellos llevaba el cubo de identificación de la nave—. Pero, aunque el pago no esté realizado, usted ha firmado el informe, ¿cierto?

—Bueno, yo... —Luna no sabía cuál era la respuesta acertada en una situación como aquella; supuso que lo más sensato sería decir la verdad—. Sí, así es.

—Bien, pues de momento y respecto al tema de la custodia legal de la nave, ¿autoriza usted que nos llevemos el material ilegal encontrado en las bodegas de la...? —El hombre consultó su terminal—. ¿UKN-Trapecia?

—Si yo les autorizo todo lo que quieran, pero es que esa nave no es mía, yo simplemente la he reparado, ahora mismo solo estaba... —Sentía como si se hubiera metido en un pozo enorme, y cualquier cosa que dijera conseguiría hundirla más en él.

—Mire, hagamos una cosa. —Uno de los fiscales que había bajado de la nave, el que tenía el cubo de identificación, fue hacia ellos, y Luna se dio cuenta de algo que se le había escapado hasta aquel momento.

El hombre que se estaba acercando era el mismo con el que había estado hablando todo ese rato. No es que fuera igual, ni siquiera exactamente igual; era el mismo: un benser. Los benser fueron una de las primeras razas alienígenas que conocieron los humanos en su expansión por la galaxia. En apariencia iguales a los hombres, salvo que un solo benser estaba formado por varios cuerpos idénticos, que compartían una única mente. Al principio se pensó que los benser eran la evolución lógica del hombre, ya que un único benser de seis u ocho cuerpos era capaz de superar a un cuerpo de élite bien compenetrado de veinte individuos; pero a medida que la raza se fue mezclando con los humanos, la progenie iba teniendo cada vez menos cuerpos. Entonces los propios benser pensaron en sí mismos como un linaje que debía mantenerse, y comenzaron a emparejarse únicamente entre sí, lo que aceleró aún más la merma de

población. En aquel momento, un benser con cuatro cuerpos como aquel era toda una rareza.

El hombre se dio cuenta de la expresión de Luna, que tenía la boca abierta.

—Discúlpeme, no me he presentado, mi nombre es Colmer. —Hablaba el que acababa de llegar, pero le tendía la mano el otro—. Puede tocarme, no es contagioso. —Luna le estrechó la mano manteniendo cierta distancia. El fiscal sonrió con aprobación y continuó—. Decía que vamos a hacer una cosa, ¿a cuánto asciende la deuda que el señor Bylud tenía con usted?

—Tres... trescientos cincuenta númacs... señor —consiguí responder Luna.

—Veamos, pues creo que con esto quedará saldada la deuda —dijo el fiscal sacando de un bolsillo interior un gran taco de fichas de crédito, de las cuales separó siete, poniéndolas sobre la mesa—. Ahora yo necesito que usted haga algo por mí.

Luna asintió con la cabeza.

—Firme aquí. —Le extendió el cubo de identificación.

—Sí, claro. —Luna pasó los dedos por la cara superior y su foto apareció en la pantalla, junto a sus datos de identificación.

—Muchas gracias. Acaba de evitarme usted un montón de papeleo y el transporte de una pinaza. Felicidades, ahora es usted propietaria de la UKN-Trapecia.